

MANIFIESTOS ANARQUISTAS

Presentado por Ediciones Síntesis (Colección Tiempo Vital), este opúsculo-manifiesto-panfleto de Anselme Bellegarrigue (1), que en su presentación en castellano se subtitula "el primer manifiesto del anarquismo", posee todos los méritos para ocupar un puesto destacado en la reciente y creciente biblioteca que todo progre que se precie debe ir construyendo sobre la literatura anarquista, tan poco accesible hasta la llegada de los nuevos tiempos. El indudable éxito editorial de esta obra de rápida lectura (sólo 60 páginas), no es sólo fruto del sano deseo de salir de la ignorancia, sino que obedece al hecho de ser una

acertada síntesis de los principales errores y sabidurías, lucideces y oscuranteces del pensamiento anarquista. La pieza, dicho sea para honor y gloria póstuma de su autor (estamos a más de un siglo de su primera aparición, París, 1850), es una de las mejores del mercado. La lectura atenta de esta obra nos lleva a reflexiones que sobrepasan el simple propósito de hacer una reseña crítica. Quiero, de todas formas, apuntarlas.

1) El pensamiento anarquista ha tenido siempre, sobre todo en sus mejores tiempos (que no son los de ahora, claro) mucho de literatura, de buena literatura combativa, estimulante y revulsiva, de cuyos efectos revolucionarios no dudamos. Quizá sea esto lo más destacable de la obra de Anselme. Cuando la política se ha vuelto tan poco pulsional (pero no por ello más racional), o mejor, su lenguaje, viene bien recordar el lenguaje vigoroso, extremado y simple con que los anarquistas han sabido responder a las crisis de momentos históricos turbulentos. El lenguaje y el estilo de Bellegarrigue no es ajeno a la situación histórica en que nace: en pleno auge de las contradicciones de clase que la nueva sociedad burguesa había engendrado.

2) Cualquier obra de este tipo nos plantea, por tanto, interrogantes acerca de la relación entre lenguaje y lucha de clases. Porque el lenguaje no es un simple *instrumento*, algo inocente y que usan por igual todos los hablantes, sino que también él está atravesado por la lucha de clases. El lenguaje es una *práctica* que transforma la ideología y todas las prácticas sociales. Desde este punto de vista, el anarquismo es un *discurso socio-histórico*, determinado por una práctica social sobre la que a su vez influye. Hay que abandonar toda concepción mecanicista de las relaciones entre la base socio-económica y la superestructura. El lenguaje, además, no es una simple superestructura. Hay, por tanto, una lucha de clases en el lenguaje: "Le signe devient un champ d'action pour la lutte de classe" (Houdebine).

3) Hablando más estrictamente del *lenguaje político* convendría distinguir entre un lenguaje de reflexión teórica (indispensable y cuanto más racional mejor, aspecto que separa ya irreconciliablemente marxismo y anarquismo), y un lenguaje de intervención (en el sentido amplio, no

sólo de agitación y propaganda, sino de lucha ideológica). Claro está que estos dos lenguajes se influyen y mezclan, pero no por ello deja de ser útil el distinguirlos. Todo discurso, aún el más espontáneo e irracional, está basado en una "teoría", en un cierto corpus teórico-ideológico. A su vez, toda teoría es elaborada y vivida por un sujeto y habla de y para un sujeto.

4) El análisis del libro de Bellegarrigue nos ayuda a clarificar este tipo de reflexiones. La fuerza y la



atracción de su estilo no puede ocultarnos las limitaciones y errores teóricos en los que se inscribe. El pensamiento de Bellegarrigue está lleno de las confusiones y sofismas que hacen con frecuencia del anarquismo una práctica inoperante. Las ideas de Bellegarrigue, hay que decirlo, no son más que una radicalización del liberalismo y el individualismo que como ideologías acompañaron a la revolución burguesa. "La anarquía es la negación de los gobiernos." "Dejar de atacar o defender al gobierno para hacer imposible la guerra civil no es nada menos que no tenerlo en cuenta, ponerlo entre los desperdicios, suprimirlo a fin de fundar el orden social." Pero nada se nos dice de cómo suprimir los gobiernos y cómo vivir sin gobiernos. A falta de una teoría sobre el Estado, las clases y las contradicciones del sistema capitalista, a la hora de racionalizar el rechazo espontáneo se cae de lleno en la ideología dominante: "Ved: para ser libre no hay más que quererlo. La libertad, que estúpidamente hemos aprendido a esperar como un don de los hombres, está en nosotros, nosotros somos la libertad. Para obtenerla no son necesarios ni los fusiles, ni las barricadas o la agitación, los afanes, las faccio-

nes, los votos, ya que todo eso no es más que desenfreno. Y como la libertad es honesta, sólo se la alcanza con la reserva, la serenidad y la decencia." "La nueva política está, por una parte, en la negativa, en la abstención, en la colaboración cívica, y, por la otra, en la actividad industrial." "El capital (...) que sería lógicamente la palanca de la industria si el poder no impidiera la asociación directa entre capital y trabajo..."

5) Cualquier tipo de transposición histórica fácil a la que estamos tentados al leer esta obra no puede hacernos olvidar sus limitaciones teóricas e históricas. Ni el Estado, ni la economía, ni la política eran a mediados del siglo pasado lo que son hoy. Leer cosas así: "Republicano o monárquico, el hombre que se hace elegir es mi amo." La política aleja al pueblo de sus intereses materiales y de la lucha por su defensa, y está en manos de "un harajo de vulgares ambiciosos a la caza de cargos". "No hay que contar con los partidos. El pueblo no debe contar más que consigo mismo." "No hay poder que no sea enemigo del pueblo." Leer cosas así, aparte de tener cierta gracia, sirve de muy poco porque este tipo de afirmaciones, dichas así, no son, como cantaría Conchita Piquer, "ni mentira ni verdad".

6) En resumen: como documento histórico, el Manifiesto puede tener cierto interés, pero como aportación a un debate que ayude a clarificar la teoría y la práctica del anarquismo hoy, no tiene ningún valor. De todas formas, su abundante bazofia ideológica no es muy distinta de la que encontramos en la mayoría de publicaciones del género.

SANTIAGO TRANCON

(1) Anselme Bellegarrigue, *Manifiesto*. Ed. Síntesis, Barcelona 1977.